



EL GENERAL D. MANUEL DE MIER Y
TERAN.

.....
.....
Y hoy, ¿dónde está el jefe? ¿Dónde está el sablo,
El campeón denodado,
Que allá en nuestras fronteras colocado,
El solo al extranjero detenía
Y un ejército entero nos valía?

José María Lacunza.

I.

Mientras más se registra la historia, o se atraen á la mente los sucesos contemporáneos, más se convence uno de lo falsa, peligrosa y trágica que es la carrera de esos seres que se llaman hombres públicos, que aparecen en todas las revoluciones, en todas las batallas, en todos los acontecimientos, y que al fin mueren.... y mueren sin gloria, sin ilusión, sin tranquilidad, qué sé yo.... hasta sin esas palabras religiosas que la piedad cristiana arroja sobre el lecho de un moribundo, por más infeliz que sea.

El hacer una anatomía de los sufrimientos morales de un hombre público, deberá ser un objeto demasiado vasto para Mr. Balzac, ese anatomista del alma, que sin fastidiar, ocupa medio tomo con su terrible historia de Luis Lambert.

En efecto, un hombre público que brilla, que se apaga, que vuelve á relucir, que vence, que lo derrotan, que tan pronto está

circundado del aura del pueblo, como de los dictérios de una facción, que ríe en público, que llora en secreto, que estudia toda la vida para ignorarlo todo, que recorre las mil órbitas de una sociedad, que se roza en su paso con los cobardes, con los valientes, con los usureros, con los aduladores, con los avaros, con los aspirantes, y que al fin no tiene más que una tierra fría donde reposar; es un objeto grande, muy grande, para la investigación de un filósofo.

Estas ideas poco más ó menos me ocurrieron, cuando parado junto á una tapia derruida, que llaman cementerio en Padilla, ví una losa sin inscripción, sin adorno, una losa grosera, arrancada solamente del cerro, que pesaba sobre dos cadáveres: Iturbide que fué asesinado y Terán que se suicidó. ¡Qué grandes y hermosos nombres! ¡¡¡ITURBIDE Y TERAN!!!

¡Cómo deseaba yo en aquel momento haber conocido y tratado íntimamente á aquellos hombres, saber las particularidades de su vida privada, y los grandes acontecimientos de su carrera pública! ¡Oh!, decía yo, si tuviera datos, si hubiera participado de sus expediciones y peligros, yo escribiría su biografía; pero no como esas biografías descarnadas, insulsas y frías que vemos en los diarios; sino minuciosa, llena de esas interesantes pequeñeces que forman un todo grandioso, que jamás olvidan los hombres de Europa, cuando hablan de sus capitanes, de sus sabios y de sus artistas.

Pero dos verdades desconsoladoras vinieron á mi mente, á saber: Que esos hombres á quienes hemos visto y tratado, á quienes hemos observado, por decirlo así, en sus ruines pasiones y en sus ruines defectos humanos, no pueden tener jamás el atractivo y el entusiasmo que nos causa un Federico, un Pedro el Grande, un Napoleón. —Estos son colosos que se ven aún más grandes de este lado del Océano.—La otra verdad es, la de que muerto un hombre en México, quedan tan pocas trazas de su carrera, que casi es imposible caracterizarlo de una manera verídica é imparcial.

Sea como fuere, yo creo que cuando un

hombre hace cosas que por más sencillas y fáciles que parezcan, no ejecutan los demás, ese hombre es singular, ese hombre merece un recuerdo, una página en la historia, ó un distintivo que lo saque de esa confusión social, en que deben quedar sumergidos los que no han tenido energía para distinguirse en las armas, en las ciencias, en las bellas letras, y que su espíritu y su cerebro son medianos para hacer mal, y nulos para hacer bien.

Luego, como el General cuyo cuerpo reposaba sobre el cuerpo del Emperador, en la lejana sepultura de Padilla, tuvo muchas páginas brillantes en el libro de su vida, es preciso que bien ó mal le consagre unos renglones en esta serie de fríos y mal forjados artículos.

II.

La noche que el Cura Hidalgo se pronunció en Dolores por la Independencia, examinó seriamente su conciencia, y halló que no era ni general, ni coronel, ni aun simple soldado, sino únicamente un anciano cargado de achaques, y cuyo saber se limitaba á las pacíficas ocupaciones de la agricultura y de las artes. Esta reflexión lo llenó de profundo desconsuelo; pero á poco, echó de beber á los doce serenos que lo acompañaron en su atrevido pronunciamiento, y con una calma glacial, dijo: "La suerte está echada y pagaré con mi cabeza; pero he arrojado una semilla que jamás arrancará la España." Desde este momento, como el viejo hablaba con el espíritu y la certeza de un profeta, se llenó de entusiasmo, y mandó repicar las campanas de su Curato.

El vaticinio se cumplió—Cayó la cabeza del Cura y cayeron otras muchas; pero parecía que de cada tumba nacía un héroe, que de cada corazón helado por la muerte brotaba otro corazón lleno de ardor y de entusiasmo por la causa de la libertad. Así es que, aunque plagado el país de uno á otro extremo de bandidos déspotas y de bandidos liberales, é inundado de la sangre de mexicanos y españoles, se veían apare-

cer y lucir cada vez más claros algunos genios que merecerán la veneración, no sólo de sus paisanos, sino aun de sus mismos enemigos.

Todas las cosas del mundo comienzan por un orden regular. La encina no nace ya robusta y corpulenta, como tampoco las facultades del hombre se desarrollan totalmente en su principio; así es que debemos comenzar por observar á un teniente coronel de artillería bien apersonado, instruido en la ciencia de su arma, y alegre y risueño con la íntima convicción de que defendía una causa que había de triunfar. Este jefe estaba por el año de 1811 en el rumbo de Oaxaca, unido á las fuerzas independientes que había por aquel país, y como es de suponerse, las escaramuzas se habían sucedido unas á otras; pero sin que se percibiese una ventaja conocida, hasta que Alvarez, que mandaba entonces la provincia de Oaxaca, con mucha artillería, pertrechos y víveres, puso sitio al pueblo de Silacayoápan. Un día dijo Sesma, que mandaba las fuerzas independientes, al teniente coronel de que nos ocupamos:

—¿Sabe usted, compañero, que vamos a ser destrozados por los españoles?

—Bien que lo sé, porque tienen mucha artillería.

—¿Y no discurre usted un medio de librarnos?

—Sólo uno.

—¿Cuál es?

—Quitarles la artillería.

Sesma meneó la cabeza y volvió la espalda diciendo entre dientes: Buena adivinanza la del teniente coronel

La noche siguiente, con mucho silencio, salió el teniente coronel, con unos cuantos hombres decididos, se dirigió al lugar donde los enemigos tenían su artillería, al cuidado de un capitán llamado Pérez, y cayendo de improviso, comenzó él y su gente á repartir sendas cuchilladas y porrazos á diestra y siniestra. A poco salió la luna, y el teniente coronel vió que no había ya ningún enemigo á quien ofender, pero sí muchos cañones que llevarse, lo que en efecto ejecutó.

Como los enemigos se vieron privados de la única arma útil para el ataque de plazas, levantaron humildemente su campo y dejaron á los sitiados en paz.

Sesma dió un abrazo al teniente coronel, y el Congreso de Apatzingan le envió un escudo de honor.

Esté hecho anunciaba que el teniente coronel entonces, sería después el Excmo. señor General Don MANUEL DE MIER TERAN.

III.

En el instante en que se da el grito de rebelión, aunque tenga por causa la más santa y justa del mundo, los vínculos que ligan al hombre con la ley quedan disueltos. Hé aquí por qué se necesita revolucionar con las conveniencias sociales y no con el entusiasmo de los hombres; con los intereses, y no con el patriotismo; con las pasiones, y no con la virtud. El que dude de esto, tómese la pena de recordar épocas, y no muy remotas, y se convencerá que es cierto lo dicho. Síguese también que los vínculos de la obediencia rotos, el caudillo tiene que lidiar no sólo con sus natos y naturales enemigos, sino con la ambición de sus adictos.

Sucedía esto con frecuencia en tiempo de la insurrección, en que se veían unidos al parecer á los caudillos mexicanos para luchar por una misma causa; pero devorados en lo interior del pensamiento de sobreponerse á los demás, y aun muchas veces querían arrogarse el derecho de mandar despóticamente sobre los otros jefes. Uno de éstos era Rosains, hombre arrebatado, colérico, y hasta sanguinario, según se deduce de la historia de sus hechos.

Terán militaba á las órdenes de Rosains en la provincia de Oaxaca, y aunque puede decirse que no estaba en todo acorde con sus ideas, lo seguía en sus expediciones, y llegó el caso de que arrastrado por su espíritu de obediencia, ó por otras causas que es difícil averiguar, se viese obligado á trabar, el 27 de Julio, una acción en las barrancas de Jamapan con un guerrillero llama-

mado Luna. La lucha fué sangrienta, y los mexicanos, desentendiéndose de su objeto, se mataron unos á otros delante de su común enemigo. Por desgracia, esto se ha repetido con frecuencia, de entonces acá.

Terán no era de esos hombres comunes que obran sin pensar, y que después que obraron no reflexionan; así es que, consideró, naturalmente, que había sido en este lance, un instrumento de los caprichos de un hombre, y no un campeón de su patria. Después de hecha esta reflexión, Terán ni amaba ni obedecía de corazón á Rosains, aunque lo siguió por de pronto á una expedición por el rumbo de Huamantla, en que se trataba también de batir á Osorno, otro cabecilla insurgente, que había negado la obediencia á Rosains.

Llegó, pues, una ocasión, en que por uno de esos cambios infinitos de la guerra, se abocase Terán con el mismo guerrillero Luna, á quien había batido, y llevara á cabo el proyecto que había concebido.

—Bastante desgracia fué, amigo Luna, que nos hubiéramos batido en las barrancas de Jamapan, le dijo Terán con una voz compungida.

—Eso mismo pensé yo cuando me fueron á atacar; pero usted ve que la defensa es natural.

—¿Y cree usted todavía que yo tuve la culpa de que llegáramos á ese extremo?

—Yo....

—Vamos, amigo Luna, le interrumpió Terán, dándole afectuosamente una palmada en el hombro, yo he sido amigo de usted y además, reflexionará que una vez que he tomado las armas contra el Gobierno español, no las había de convertir contra mis hermanos.

—El señor Rosains, contestó Luna, me ha asegurado que usted tuvo la culpa de todo, y luego como usted mandó la acción y....

—¿Rosains?.... exclamó Terán, mordiendo los labios.

—Sí señor.

—Francamente quiero que me diga usted, continuó Terán, si el hombre que promueve y fomenta la discordia, y hace que se asesinen hermanos con hermanos, es verdaderamente patriota.

—Creo que no, respondió Luna.

—Bien, ¿y usted estaría á las órdenes de un hombre semejante?

—No.

—Pues sepa usted que Rosains es el que ordenó batiera á usted hasta no dejarle un hombre.

—¿Rosains!.... exclamó Luna.

—El mismo, dijo Terán, y por mi parte estoy resuelto á separarme de su obediencia.

—¿Es posible?.... Pero....

—Si usted no me quiere ayudar en esta empresa, la acometeré yo sólo; y si no puedo, me marcharé á mi casa.

Luna se mordía las uñas, sin responder una sílaba.

—¿Con que no responde usted, Luna? Acuérdesese que el pobre Martínez murió atravesado de balas, por oponerse á la autoridad de Rosains.

—Eso mismo pensaba yo, y por lo cual no me parece acertado el plan de usted.

—¿Y cree usted, le interrumpió Terán, que soy un niño que me dejaré matar impunemente? Cuando yo le digo á usted esto, es porque cuento con la tropa, porque podemos sorprenderlo de una manera segura, y en una palabra, porque la empresa no tendrá riesgo.

—En ese caso....

—Cuento con usted, ¿no es verdad?

Luna presentó la mano, que Terán la estrechó, y ambos quedaron citados para la noche.

IV.

La mañana siguiente, que era 20 de Agosto, estaba Rosains en su cama con una gran montera de dormir, y jurando como un cabo, por no sé qué falta de su asistente.

—¡Voto á Dios!, le decía, que te he de machucar la cabeza, pedazo de animal. ¿Por qué no has hecho lo que te ordené?

El pobre soldado, que estaba delante de su jefe temblando de miedo, apenas tartamudeó unas cuantas palabras. Rosains continuó:

—¡Voto á bríos! Todos ustedes son una manada de animales que no andan sino á palos. Te prometo que te he de sacar más de cuatro gotas de sangre. ¡Voto á bríos!, que esta gentualla ha dado en perderme el respeto; pero ya se ve, lo mismo eres tú que ese otro menguado de Osorno, muy ufano con sus hechos, y es más bestia que un cabo de escuadra. ¡Eh! márchate, ¡voto á bríos!, ó te rompo la nuca con....

Diciendo esto, se agachaba á tomar algún trasto con que ejecutar lo que decía; pero el soldado más que de prisa dió la vuelta, abrió la mampara, y se presentaron á ese tiempo Luna y Terán.

—¡Voto á bríos! continuó Rosains, que me ha dado un buen desayuno este bribón asistente.—¿Qué se ofrece que tan de mañana tengo á ustedes por mi casa?

—Hay asuntos, le contestó Terán, que no ofrecen demora.

—Véamos cuales.

—Ciertos hombres de genio violento y arrebatado, sirven más para perjudicar la causa de la patria, que para defenderla.

—Y, ¿dónde están esos hombres? interrumpió Rosains frunciendo el ceño.

—No están muy lejos, continuó Terán, con mucha calma, y, por fortuna, podemos deshacernos de ellos. ¿Le parece á usted?

—Sí, sí, me parece....

—Para no andar con más rodeos, usted es uno de esos hombres, y, por tanto, venimos á aprehenderlo.

Rosains se incorporó á tomar el sable, que creyó estaba en la cabecera; pero Luna sacó un par de pistolas y se las puso al pecho, con lo que Rosains se quedó en la posición en que estaba, y dijo:

—Mal hice en no romperle el alma á ese pícaro asistente que no puso la espada y las pistolas á mi cabecera.

En efecto, el sable no estaba en el lugar acostumbrado, ni había otra arma por allí cerca.

—Es inútil la resistencia, prosiguió Terán, porque toda la tropa está de acuerdo, y no le queda á usted más arbitrio que resignarse con su suerte; con que háganos usted favor de vestirse, ó de lo contrario lo

haremos á usted con todo y colchón, y como un fardo inútil, lo dejaremos olvidado en el calabozo.

Rosains se puso encendido, se mordió los puños, y dijo:

—Muy bien, señor Terán. No creía yo que usted era un traidor.

—Hay muchas creencias que salen erradas: yo creía que usted era un buen patriota, y cuando me desengañé de lo contrario, he venido á quitar á usted de en medio, para que no perjudique al país.

—Sí, sí, fusilarlo es lo mejor, dijo Luna, con una voz bronca.

A estas palabras, Rosains dejó caer de las manos los pantalones, que había tomado, y se puso pálido como la muerte.

—Ruego á usted que se vista, interrumpió Terán con más dulzura, mirando el fatal efecto que habían hecho las palabras de Luna. En cuanto á la suerte de usted, el traidor Terán se encargará de dulcificarla: tranquilícese usted.

Con esto se recuperó un poco, y acabado que hubo de vestirse, salieron los tres de la recámara.

Don Pablo de Mendivil, hablando de Rosains, dice:

“Fué entregado á Luna, conducido después al Departamento de Osorno, y al fin puesto en calidad de arrestado á disposición del Congreso. Logró fugarse, obtuvo el indulto por medio del Secretario del Arzobispado de México, y quedó purificado haciendo los ejercicios espirituales que se le impusieron en penitencia.”

El hecho de quitar la artillería á los sitiadores de Silacayoápan fué propio de un soldado valiente; y el que acabamos de referir anunciaba, que el soldado reunía el valor, la astucia, el talento, tres cualidades que constituyen, á mi modo de ver, un gran militar.

En efecto, este acontecimiento, llevado á su fin con toda felicidad proporcionó á Terán el quedar sin rival en el mando militar, aunque no exento de algunos temores, respecto á que Rosains era uno de los favoritos de Morelos, de ese grande hombre de la libertad mexicana.

No habían pasado dos meses del suceso que va referido, cuando una mañana muy temprano salió Terán de su habitación, con el rostro encendido, los puños cerrados, y gritando frenético: "que toquen generala; que toquen botasilla; que toquen asamblea; ¡á las armas! corramos"....

Los soldados de guardia creyeron que su jefe se había vuelto loco, y no sabían qué hacer, hasta que el cabo, cuadrándose á su frente y con la mano en el casco le dijo:

—"¿Qué ordena mi Coronel?"

Esta interpelación sacó de su éxtasis á Terán; su rostro volvió á su color habitual; sus puños crispados tomaron poco á poco su elasticidad, y recobrando su sangre fría, sonrió con los soldados y le dijo al cabo:

—"Tenemos que marchar hoy mismo y cuento con mis buenos y valientes soldados."

—¡Viva nuestro Coronel! ¡viva la patria! interrumpieron los soldados.

El Coronel continuó:

—Cabo, vaya usted en persona á decirle al mayor que venga al momento

El cabo corrió á ejecutar la orden, y el Coronel, arreglando su vestido, echó una mirada de satisfacción á su reducida tropa, y se retiró.

El mayor no se hizo aguardar.

—Buenos días, mayor.

El mayor se inclinó.

Tenemos que marchar en este momento á Teotitlán. Alvarez tiene sitiado en este instante á mi hermano, y es preciso auxiliar á ese joven, que puede hacer alguna locura.

—Está bien, mi coronel.

—Que se dé el primer toque de marcha.

—¿A qué horas se da el segundo?

—A las once.

—¿Y el tercero?

—Cuando yo lo mande

—Muy bien. ¿Tiene usted otra cosa que ordenar?

—Mucha actividad y mucho sigilo, mi valiente mayor.

—Con permiso de usted, mi coronel.

El lacónico y valiente mayor se retiró.

Al día siguiente, la pequeña tropa, que apenas se compondría de doscientos hombres, iba en marcha por unos senderos pendientes y escabrosos, por donde costaría trabajo pasar aun á los mismos leopardos y lobos. Los soldados estaban casi agonizando con la fatiga, y fuertes y acostumbrados á las penas, como eran, se les escapaban las lágrimas, por el dolor que les causaban los guijarros y malezas que herían sus pies descalzos. El coronel iba á caballo y sumergido en una profunda meditación. De repente dió orden de hacer alto á la tropa, y bajándose del caballo se quitó las botas y descalzo comenzó á marchar al frente de sus valientes. En esta vez los soldados lloraron de ternura y de entusiasmo.

—Adelante, adelante, mis bravos muchachos, exclamó, lleno de decisión; cuando se trata de sufrir por la patria, el soldado y el coronel son iguales.

Los soldados, reanimados, gritaron:

—¡Viva el coronel! ¡Viva la nación!, y siguieron caminando por las rocas y precipicios con la agilidad de unos gamos.

¿Qué sublime sería ver este puñado de hombres!

Aunque perdieron en la marcha mucha parte de sus fuerzas corporales, con el ejemplo de su jefe aumentaron las fuerzas de su espíritu, y en este estado acamparon con mucho silencio una noche cerca de las avanzadas del enemigo.

El coronel dió orden que todos se mantuvieran con las armas listas, en espera de la señal de ataque, y tomando él un par de pistolas que se colocó en el cinto, se puso en camino para el campo enemigo, ya arrastrándose por los matorrales como una serpiente, ya deslizándose como una fantasma por los barrancos y desigualdades del terreno. Llegó en efecto á la avanzada, y encontró á los soldados durmiendo, con la tranquilidad de unos canónigos. Bien, dijo él: estos soldados son excelentes para mi plan. Continuó su camino, hasta que se colocó en una eminencia, donde con la claridad de la noche pudo ver sólo á unos

cuantos centinelas, inmóviles como unas estatuas; aplicó el oído y ni un rumor humano se escuchaba; simplemente el graznido de las aves nocturnas turbaba el silencio del campo. Satisfecho con su observación, se deslizó por un arroyo, y describiendo un medio círculo, para no pasar por en medio de las avanzadas, vino á juntarse con sus soldados. Inmediatamente ordenó la marcha en hileras, y con un silencio increíble, y hasta conteniendo la respiración, llegaron al sitio donde estaba la avanzada. Antes de que pudieran dar el grito de alarma, se vieron rodeados de los enemigos, y el subteniente Ezeta, que mandaba el piquete, se vió asido del cuello por una mano robusta, que le hubiera á poco esfuerzo podido apagar para siempre la respiración.

—Oficial: ¿quiere usted conservar la vida?

—Perdón, gracia, gracia, prorrumpió el oficial, despavorido.

—Silencio es lo que quiero, le interrumpió Terán. Si usted está quieto con su tropa, le prometo concederle la vida, y aun le permito que vuelva á roncar como un ganapán, á pesar de que es contra ordenanza.

—Todo lo que usted quiera haré.

—Bien. Cabo, dirigiéndose á un soldado robusto, quédate junto al señor oficial, y si acaso se mueve un soldado ó él chista palabra, lo clavas con la bayoneta.

Terán siguió en silencio su marcha, y luego que estuvo en la pequeña loma, mandó hacer fuego sobre el campo.

La luz de los fogones alumbró una porción de bultos informes. Dada la primera descarga, avanzó con sable en mano, y sus soldados tras él, con bayoneta calada. La confusión y gritería fué horrenda; pero quince minutos después mandó tocar reunión, porque los seiscientos enemigos habían abandonado el campo á toda prisa. La fortaleza de Teotitlán, que estaba á punto de rendirse, quedó salvada, y los dos Teranes se dieron un doble abrazo, porque el amor fraternal y el amor patrio eran vínculos que los hacían amarse doblemente.

En aquellos tiempos azarosos, de agitación y de guerra, los acontecimientos se sucedían unos á otros, de manera que para el mes de Noviembre ya nuestro coronel, que se hallaba en Tehuacán, tenía noticia de la próxima llegada del Congreso, que convocó en Chilpancingo el señor Morelos, y pensó seriamente que esta reunión, perjudicial en aquellas circunstancias, iba á darle bastante molestia, y á interrumpir el libre y violento curso de sus operaciones militares. En efecto, el 16 del referido Noviembre tuvo que salir á recibir al Congreso, y como nuestro coronel era de maneras finas y afables, no mostró ninguna prevención hostil contra los ambulantes diputados; pero sí determinó, para mayor seguridad de tan honorables miembros, el trasladarlos á una hacienda llamada San Francisco.

En cuanto á los gobernantes, mandaban donde quiera que se haliasen, ya fuese en la ciudad ó en la aldea, en el bosque ó en el llano, y cuidaban á pezar de su inestabilidad, de ejercer su poder en todas y cada una de las oportunidades que se ofrecían, á la manera que el digno prevoste Tristan L'Hermite, armado de su garrucha y escalera, administraba en todos los lugares la justicia, en nombre de su augusto amo el señor Luis XI.

Bien que el Congreso no ejerciera actos de crueldad y despotismo, sí daba multitud de decretos inoportunos que embarazaban las operaciones militares, y que á creer lo que nos dice un historiador de conocido talento, causaron la ruina de Morelos.

Estas y otras más consideraciones, vinieron á la mente del coronel, y pensó decididamente en hacer con la respetable asamblea lo mismo que había hecho con nuestro buen conocido Rosains. Esta idea vino á ratificarse en su cabeza, cuando el superintendente de hacienda, bien conocido hoy entre nosotros por sus modales bruscos y groseros, trató de exigirle cuentas, y como se presumirá, no de la manera más atenta.

—¡Rayo del cielo! dijo Terán. Es la cosa

más admirable del mundo que estos señores vengan desde el otro extremo de México á pedirme cuentas. Les daré cuentas de las balas que han silbado cerca de mi cabeza; de las lanzas que he visto cerca de mi pecho; de las hambres horribles que he sufrido en las montañas; de los soles ardientes que han tostado mi rostro; de los latidos que por la suerte de los buenos patriotas ha dado este corazón leal, incapaz de mancillarse con la vil codicia.

—Mayor, mayor, continuó con mucha agitación, es menester á toda costa deshacernos de esta reunión de locos que se llama Congreso. ¿Le cabe á usted en el juicio que mis paisanos, que me han visto exponer mil veces mi cabeza, me traten de ladrón? ¡Vive el cielo, mayor, que podría, á poco que quisiera, tener sus cabezas delante de mi ventana!.... Y lo haré, sí señor....

El mayor se estremeció, y el coronel, habiéndolo advertido, prosiguió:

—Tiene usted razón, mayor: su silencio me da á entender que no es usted de mi dictamen. Un momento de cólera me ha hecho prorrumpir en mil necedades. Si yo he de vivir en la historia de mi país, no quiero tener una mancha de sangre que oscurezca mis pequeños sacrificios. Por otra parte, esos hombres exponen también su cabeza por la patria, y no debe ser un mexicano el que la separe de su cuello.

El mayor se recobró un poco.

—Será conveniente quitarlos de en medio, es decir, disolverlos de una manera pacífica, ponerlos presos, por ejemplo, unos días, y después dejarlos en libertad de que se marchen á sus casas.... ¿Los muchachos están listos?

—La tropa, respondió el mayor, está á las órdenes del coronel que la ha conducido tantas veces á la victoria.

—Siendo así, mayor, daré á usted mañana mis instrucciones; por ahora, necesito descansar un poco y meditar el plan que debemos seguir.

La mañana siguiente convocó una junta, y resultó de ella la disolución del Congreso, y el nombramiento de un directorio ejecutivo, compuesto de los señores Don An-

tonio Cumplido, Don Ignacio Alas y Don Manuel de Mier y Terán.

Los miembros del Congreso fueron arrestados; pero á los tres días comenzaron á salir en libertad. Fué así como sin crímenes ni traiciones se vió elevado Terán, en poco tiempo, desde la esfera de subalterno despreciado por su jefe, al rango de magnate del Gobierno provisional de la República.

Nuestro respetable historiador y anticuario Don Carlos Bustamante, al hablar de este acontecimiento, no puede menos de indignarse contra Terán, y de considerar este acto como un borrón que empaña su gloriosa carrera militar; pero en esta vez, séame lícito separarme, en uso de mi libre albedrío, de su opinión, y acogerme á la de otro historiador más atrevido y más enérgico para pintar las cosas y á los hombres. Don Lorenzo Zavala, hablando de este acontecimiento, se expresa así:

“Don Manuel Terán se encontró embarazado con muchos mandones, después de haber conseguido libertarse de uno, con el indulto de Rosains. Vió que una junta de clérigos y abogados, que se llamaban diputados de la nación mexicana, pero que en realidad no eran más que unos usurpadores de este título honorífico, nombrados los más por sí mismos, sin siquiera las cualidades de valor y conocimientos, que hacen tolerable la usurpación, venían á poner obstáculos á sus empresas militares, y á causar en la provincia de Oaxaca los males que ya habían hecho en la de México y Valladolid.”

Que Terán tenía ideas liberales, no cabe duda, puesto que sus acciones lo comprueban; pero conocía que en las circunstancias que guardaba la insurrección del país, no convenía aún el establecimiento de un Gobierno democrático, bueno sólo para cuando los países están en tranquilidad, y los hombres con el juicio y las virtudes necesarias para ocuparse con pacífica detención de los intereses domésticos del pueblo; así es que pensó después de la disolución del Congreso, en establecer otra nueva forma de gobierno, que si bien reuniera la opi-

nión de los independientes, no tuviera el poder de embarazar las operaciones de una guerra, en que era necesario oponer una actividad igual á la de los enemigos. Sus ideas, buenas ó malas, no tuvieron acogida, pues los jefes á quien las comunicó las repelieron, y sus dos colegas se separaron del puesto, dirigiéndose al interior, con grandes riesgos y peligros personales.

VII

Este golpe no desanimó á Terán: reflexionó que para ser algo en el mundo se necesita pasar por una serie de peligros y por una cadena de sinsabores y contradicciones, y una vez puesto en este camino áspero que conduce á la inmortalidad, aceptó gustoso la muerte que podían darle los enemigos, y la ingratitud con que preveía le pagarían sus conciudadanos. Con el mismo entusiasmo y ardor con que comenzó sus campañas, salió á otra nueva por el rumbo de Tepeji de las Sedas. Sabiendo que la plaza de Acatlán, donde mandaba el Conde de la Cadena, se hallaba sitiada por las fuerzas de Guerrero, se aproximó y sostuvo con un cañón y alguna infantería, cuatro días, un fuego vivísimo, hasta que supo que Samaniego se encaminaba á atacar Tepeji. Voló, pues, en auxilio de su hermano, que se hallaba allí; pero los enemigos se habían retirado á la hacienda del Rosario, donde marchó á atacarlos, lo que en efecto ejecutó con un valor y denuedo incomparables. La jornada dió por resultado la total dispersión de las tropas españolas, mandadas por un jefe llamado Barradas. Esta escena se había de repetir catorce años después en las riberas del Pánuco.

Terán, después de esta feliz expedición, regresó á Tehuacán, y desde allí dirigía continuamente guerrillas que interceptasen los convóyes enemigos y hostilizasen las fuerzas realistas; pero ya se ha dicho que Terán no era de esos hombres sanguinarios y bárbaros que mezclan sus hazañas con crímenes, y que el furor del partido ciega su vista y embota la sensibilidad de su corazón. Estaba íntimamente convencido de

la justicia de la causa porque peleaba; pero esto no le hacía olvidar el derecho que tienen los hombres de reclamar de sus enemigos la observancia de las leyes divinas y humanas que señalan los derechos de la humanidad en general. Esto en tiempos pacíficos y entre sociedades adelantadas en la civilización, nada tiene de singular; pero sí lo era en la época de la insurrección de México, en que tanto los jefes españoles como los caudillos mexicanos, se dejaban guiar muchas veces por un espíritu infernal, que los arrastraba á cometer crueldades y asesinatos, propios más bien de los remotos tiempos de Calígula y Nerón, que de una sociedad del siglo XIX.

Conocido ya el carácter de Terán, debe creerse que cualquier violencia militar lo incomodaba demasiado, y una de ellas fué la de la noticia que tuvo del desenfreno e iniquidades del Capitán Fiallo en el pacífico pueblo de Tepejillo. Mandólo arrestar inmediatamente y formarle causa como era debido. Fiallo se mostró sumiso y resignado; pero aprovechándose de los quejosos y descontentos, que nunca faltan, formó una conspiración dentro del mismo calabozo, que tenía por objeto asesinar á Terán y sus adictos; mas como veremos, sus proyectos se frustraron.

Una mañana entró Terán al calabozo de Fiallo, con el designio de tener una conferencia con él, y encontrar acaso algún medio de que la causa no se pusiera en un mal estado. Fiallo era valiente, y Terán estaba inclinado á salvarlo.

—Me acaban de decir, capitán, que usted solicitaba verme, y como justamente salí con esa intención, el asistente de usted me encontró en la mitad del camino.

—Quería hablar á V. E., respondió el capitán, levantándose de una tarima donde estaba sentado, de los asuntos relativos á mi causa, porque espero que oyéndome usted se convencerá de que muchos de los crímenes que se me imputan son falsos.

—Mucho me alegraría de ello, le contestó Terán, y desearía con toda mi alma que saliese usted purificado, porque me ha merecido el concepto de valiente, y los exce-